

Introducción

Lo que de un tiempo a esta parte se viene entendiendo en España por «memoria histórica» y en Alemania por *Vergangenheitsbewältigung* —un término en absoluto equivalente y que podríamos traducir literalmente como «dominar el pasado»—, constituye un tema de discusión de indudable actualidad en nuestros dos países. En España, el debate público sobre la necesidad de recuperar la memoria histórica del pasado inmediato —tanto del franquismo como, muy especialmente, de la Guerra Civil—, comenzó apenas a principios de este nuevo siglo, es decir, aproximadamente 25 años después de la muerte del dictador y, desde entonces, no ha hecho más que convertirse en un tema de enfrentamiento político, cada vez más agudo y destemplado, hasta el punto de que algunos autores han hablado ya de la vuelta de las dos Españas. En Alemania, desde que comenzara el gran debate sobre el pasado a finales de los años sesenta, también por cierto 25 años después del colapso general de un país reducido a cenizas, la memoria ha estado permanentemente presente en la discusión pública y ha marcado profundamente el desarrollo político de la República Federal hasta hoy mismo.

En el marco de la cada vez más estrecha cooperación entre el Instituto Cervantes y el Goethe-Institut, ambas instituciones se han propuesto convocar a los intelectuales y escritores de ambos países para debatir periódicamente temas de interés común. El «I Simposio Internacional sobre las Relaciones Culturales Hispano-alemanas» tuvo lugar en Madrid en 2003 y trató de establecer el estado actual de nuestras relaciones culturales en los más diversos ámbitos. En el año 2005, se celebró el «II Simposio hispano-alemán», esta vez en Berlín, y se dedicó monográficamente al tema de «La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y en Alemania». Sus principales contribuciones están recogidas en este libro.

El Instituto Cervantes y el Goethe-Institut se propusieron con este encuentro un reto, sin duda, ambicioso: tratar de poner en común las experiencias de ambos países e investigar nuestras posibilidades de apren-

der de la experiencia ajena. Es cierto que no podemos partir de una imposible comparación de la realidad histórica del franquismo y del nazismo, como tampoco se pueden comparar una Guerra Civil que enfrentó a dos bandos de una misma sociedad y que generó una dictadura que habría de durar 40 años, y una Guerra Mundial de proporciones devastadoras en la que se produciría el hecho más singular –y, por ello, estrictamente incomparable– de la historia mundial reciente: el Holocausto.

Sin embargo, sí cabe intentar comparar –al menos a nuestro juicio– el modo en que ambas sociedades civiles se enfrentan hoy a los fantasmas del pasado. Sin duda, en esta comparación Alemania ostenta el triste título de maestra en el doloroso arte de la memoria histórica, mientras que España, que ha exhibido hasta ahora una modélica transición política, y que ha servido incluso de ejemplo para otros países, se enfrenta hoy a una realidad nueva llena de escollos y asperezas.

En el caso de Alemania, periódicamente se producen nuevas vueltas de tuerca que vienen a mantener permanentemente vivo este debate inacabable y probablemente connatural al orden político alemán, sobre el pasado nacionalsocialista. De entre las últimas vueltas de tuerca podemos destacar al menos tres. En primer lugar, la súbita profusión de banderas alemanas que se produjo en todo el país con ocasión del último mundial de fútbol celebrado en Alemania en 2006, un verdadero océano de enseñas que surgió de un modo espontáneo entre la población, sin ninguna intencionalidad política, y que generó un debate sobre si Alemania estaba ya suficientemente madura como para poder exhibir su bandera y su orgullo como país ante un evento deportivo sin que ello significase automáticamente una autoafirmación nacionalista. En segundo lugar –la alegría del Mundial habría de durar bien poco–, las revelaciones sobre la pertenencia de Günter Grass a las Waffen-SS cuando tenía 17 años, noticia revelada por la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y que provocó una acalorada discusión en Alemania. Y no tanto por el hecho de que Grass hubiera pertenecido a una tropa de elite visceralmente identificada con el régimen nazi, de tan siniestra participación en tareas de represión política, torturas y exterminación de disidentes y judíos –aunque, como ha dicho Grass, él no llegara a disparar un solo tiro antes de ser herido y capturado por los norteamericanos–, sino más bien por el hecho de que lo ocultase durante sesenta años, haciendo creer que había sido soldado en una batería antiaérea del ejército regular alemán, y no lo revelase hasta la publicación de su último libro auto-

biográfico, *Pelando la cebolla*. Un mito vivo de la socialdemocracia alemana, ariete incansable de ese eterno ejercicio de autocritica al que parece estar condenada Alemania, se venía abajo para muchos. En tercer lugar, la reciente inauguración del nuevo Museo Nacional de Historia de Alemania, en plena calle Unter den Linden en Berlín, y que nacía con la intención política explícita, según su canciller, Angela Merkel, de ayudar a reconstruir la identidad alemana: en este museo, la parte dedicada al nazismo ocupa un espacio equivalente a la dedicada a la dictadura comunista de la RDA, y con ello, al presentarse así la República Federal como el resultado de haber logrado superar con éxito dos dictaduras de distinto signo, parecía ponerse en duda lo que durante decenios ha sido el pilar fundamental de la autoconciencia crítica de Alemania: la singularidad irreductible del Holocausto.

Si los debates en torno a estas cuestiones discurrieron con una gran intensidad en Alemania, habituada ya al siempre incómodo aguijón de una memoria maldita, pero siempre dentro de los términos de la corrección política y periodística, en España, en cambio, desde que surgiera el debate sobre la memoria, y muy especialmente desde el cambio de Gobierno que siguió al atentado del 11 de marzo de 2004, la memoria histórica se ha convertido en uno de los puntos de enfrentamiento más agrios y enconados en la discusión pública española desde el advenimiento de la democracia.

Para la izquierda política e intelectual, se trataba de un ejercicio de justicia hacia las víctimas republicanas de la Guerra Civil, olvidadas en las cunetas de la Historia, como consecuencia de la necesaria prudencia y cautelas que debieron acompañar todo el proceso de la transición política en España. Más de veinticinco años después de la muerte de Franco, consolidada definitivamente la democracia y ante el súbito interés de la población por conocer su historia reciente —de repente aparecieron innumerables exposiciones, libros, novelas, series de televisión—, pareció llegado el momento de «rehabilitar moral y jurídicamente a las víctimas del franquismo» como rezaba el texto del proyecto de Ley del Gobierno. La reacción de diversos sectores, no sólo conservadores, sino también de algunos grandes intelectuales en la propia izquierda, fue tan virulenta que el mencionado proyecto de Ley fue postergado una y otra vez, hasta que finalmente vio la luz, pero ya en una versión muy reducida respecto de sus intenciones originales y que no consiguió satisfacer ni a los sectores conservadores ni liberales, ni a las numerosas ONG

que habían impulsado críticamente todo el proceso. Como ejemplo de esa oposición encarnizada —que ha producido innumerables libros y ensayos históricos en los que se llega a justificar el alzamiento militar y a considerar a la izquierda republicana como responsable directa del desastre que condujo a la Guerra Civil—, cabe citar, por su radical claridad, el artículo del padre Anselmo Álvarez, abad del Valle de los Caídos, en el suplemento religioso del *ABC* del 19 de julio de 2007, en donde afirma que, siendo el perdón la virtud cardinal para superar las heridas abiertas de la Guerra Civil, fueron los vencedores quienes ejercitaron la virtud cristiana de perdonar a sus enemigos, mucho más que los vencidos, cuya hostilidad les ha impedido siempre no sólo perdonar, sino siquiera aceptar «ser perdonados», pues no tienen «voluntad de apaciguamiento»: el ejemplo más claro de reconciliación nacional, según el padre Anselmo, siempre sería el mismísimo Valle de los Caídos, donde los vencedores habrían reunido generosamente «bajo las mismas bóvedas y la misma oración» a los caídos de ambos bandos. Sobre la postura de la Iglesia en este conflicto, cabe recordar la reciente beatificación en Roma de 400 sacerdotes asesinados en la Guerra Civil, a propuesta de la jerarquía eclesiástica española. Previsiblemente, en este contexto, la izquierda española consideró estos hechos como residuos franquistas de una sociedad que, precisamente a causa de ellos, debía enfrentarse más que nunca a la recuperación de su legítima historia como modo de consolidar y profundizar la democracia en España. Sin embargo, el modo en que se ha ido reculando progresivamente en las iniciativas legislativas ante el desgaste político que, sin duda, produce esta cuestión, hace posible pensar que quizá, como afirma Eduardo Subirats, «la sociedad española haya olvidado en unos años los crímenes políticos y la barbarie ideológica del fascismo español, exactamente igual como olvidó la persecución de los liberales por la Iglesia en el siglo XIX, los autos de fe contra los ilustrados en el XVIII, el asesinato de cientos de miles de moriscos en el XVII o la expulsión de los judíos en el XVI».

Desde el punto de vista de la derecha política e intelectual, sin embargo, el intento de forzar un debate sobre la memoria histórica, constituía una grave irresponsabilidad política, por cuanto volvía a generar una innecesaria tensión social entre la ciudadanía, que habría dado esta página de nuestra historia por cerrada. Y es que se trata, sin duda, de un delicadísimo tema que debe resolverse en las entrañas mismas de la sociedad civil, ya que cualquier iniciativa política esconderá necesi-

riamente motivaciones políticas. Si algo ha mostrado la agria discusión en España en torno a este tema, es que nada podrá resolverse por la vía política que no se haya resuelto previamente en el seno mismo de la sociedad. El problema aquí es la relativa debilidad de la sociedad civil española —carente de una amplia estructura de instituciones independientes— y, sobre todo, la creciente polarización de los medios de comunicación. La segunda crítica importante que se hace desde los sectores conservadores al proyecto del Gobierno socialista es que pretende ocuparse de las que considera «sus» víctimas, y no de todas las víctimas. En este sentido, también es cierto que la recuperación y rehabilitación de las víctimas «nacionales» por parte del franquismo, no significa en absoluto que no debieran ser también rehabilitadas, antes o después, por parte de la democracia.

En este contexto, fue muy reveladora la recomendación del profesor Joachim Gauck, de no dejar el tema de la memoria histórica en manos exclusivamente de la izquierda. Sólo un consenso alcanzado desde el diálogo entre los sectores moderados de ambas partes puede lograr algo parecido a una superación del problema que ofrezca garantías de poder mantenerse a largo plazo.

Dos puntos quedaron claros en este encuentro. El primero, que el doloroso trabajo de la memoria histórica —como ha señalado en numerosas ocasiones el profesor Reyes Mate— debe tener en el centro mismo de su atención a las víctimas, a todas las víctimas, fueran del color político que fueran ellas mismas o sus verdugos, pues se trata de reparar una injusticia, y en este propósito no se puede admitir ninguna orientación política previa: la víctima no puede ser instrumentalizada ahora para construir o reconstruir una determinada visión de la historia de un país, adecuada a determinados intereses políticos. Y en segundo lugar, que el trabajo de la memoria histórica está indisolublemente ligado a la calidad de la democracia: cuanto más ejercite una sociedad la crítica y la auto-crítica respecto de su pasado, preguntándose así no sólo por las responsabilidades ajenas, sino también por las propias, más libres llegarán a ser sus ciudadanos y mayor será su capacidad para no dejarse embaucar nunca más por el populismo y la sinrazón de proyectos políticos como los que sumieron a nuestros países en el desastre.

Berlín, julio de 2007

Ignacio Olmos,

Director del Instituto Cervantes de Berlín